DE LIBROS

KENNETH WHITE Y LA POSTVANGUARDIA

Ya desde la primera página de este significativo conjunto de ensayos,[1] con una precisión de trazado que no excluye, sino que, por el contrario, invita la presencia de ciertas zonas difuminadas, abiertas, va dibujándose la figura de su autor: Kenneth White, bardo, viajero y ermitaño. "Corroboro —se apresura a decirnos— que me atraen varios tipos de palabra: la palabra poética, la palabra narrativa, la palabra pensante, y que el ensayo, a su modo, me ofrece lo que busco por otro lado en el poema, el relato y el viaje-videncia: un medio de exploración y de esclarecimiento." El escritor como *Dichter*. Se trata, por lo tanto, de ponerse una vez más en movimiento, de seguir un camino, de recorrer un espacio, de ir demarcando un territorio. Es cuestión no de hacer literatura, sino de pensar, narrar y, mientras se narra, hacer poesía, *Dichtung*. No conozco una definición más apta del ensayo.

Ahora bien, recorrer un espacio es trazar un mandala, un círculo para la meditación, un psicocosmograma, como diría Giussepe Tucci: fascinante y tremenda tarea que asume, en cada momento, con y para cada texto, Kenneth White en *La figure du dehors*, título de difícil traducción a nuestra lengua, ya que, debido a la feliz polisemia del término francés (polisemia compartida hasta cierto punto con el inglés *outside*), *dehors* cubre un vasto campo en el que se encuentran las nociones de lo exterior, de lo de afuera o de las afueras, del aire libre, de lo foráneo, de lo remoto e incluso de lo independiente y huraño, todo esto unido por la idea de movimiento, de vuelo.

Caminar, vagabundear, deambular, como Henry David Thoreau y sus compañeros lo hacían por los alrededores de Concord, Massachusetts, para comprender profundamente, cómo escribe el autor de *Walden* en su *Journal* en agosto de 1845, que *all nature is classic and akin to art*; para poder decir, al igual que Ryokan, poeta y monje zen de fines del siglo XVIII, que "cuando se haya comprendido que mis poemas no son poemas, entonces podrá empezarse a hablar de poesía." Deambular. Kenneth White nos convida a convertirnos en nómadas intelectuales. ¿Para qué quedarnos quietos y establecer posiciones? "Por tener algo mejor que hacer que 'tomar posición', me contento, mientras algunos suben a la tribuna, con mirar por la ventana y esperar, más o menos discretamente, el momento de abrir la puerta y salir de casa, afuera."

Un deseo de salir nos invade. Pero, ¿salir de qué? "De la pesadez del discurso socio-moral, de las ideologías tradicionalistas, de la mediocridad erigida en modelo, de un pensamiento lineal, de una psicología demasiado estrecha, de todos los callejones sin salida de la cultura." Y, ¿hacia dónde? Hacia la poesía de lo exterior o, mejor dicho, hacia "una poesía del cosmos".

En la sexta parte de *Los hijos del limo*, ensayo lleno de destellantes intuiciones, Octavio Paz, al hablar de la poesía de nuestra lengua después de 1945, señala el surgimiento de "una vanguardia silenciosa, secreta, desengañada. Una vanguardia *otra*, crítica de sí misma y en rebelión solitaria contra la academia en que se había convertido la primera vanguardia." "El territorio que atraía a estos poetas —añade— no estaba afuera ni tampoco adentro. Era esa zona donde confluyen lo interior y lo exterior: la zona del lenguaje. Su preocupación no era estética; para aquellos jóvenes el lenguaje era, simultánea y contradictoriamente, un destino y una elección. (...) El lenguaje es el hombre, pero también es el mundo. Es historia y es biografía: los otros y yo. Estos poetas habían aprendido a reflexionar y a burlarse de sí mismos: sabían que el poeta es el instrumento del lenguaje. Sabían asimismo que con ellos no comenzaba el mundo, pero no sabían si no se acabaría con ellos: habían atravesado el nazismo, el estalinismo y las explosiones atómicas en el Japón."

Vale la pena detenerse en algunos puntos: su preocupación no era estética; no sabían si el mundo no se acabaría con ellos; habían conocido las explosiones atómicas en el Japón: Hiroshima, 6 de agosto de 1945: setenta y dos mil muertos y ochenta mil heridos, exactamente cien años después que Thoreau había escrito en su *Journal* que "la naturaleza es clásica y está emparentada con el arte"...

Un poco más adelante, Paz afirma: "Hoy somos testigos de otra mutación; el arte moderno comienza a perder sus poderes de negación. Desde hace años sus negaciones son repeticiones rituales: la rebeldía convertida en procedimiento, la crítica en retórica, la transgresión en ceremonia. La negación ha dejado de ser creadora. No digo que vivimos el fin del arte: vivimos el fin de la *idea de arte moderno*."[2]

No es posible asegurar que White conoce este ensayo de Paz, pues no se refiere a él en su libro; pero de lo que sí podemos estar seguros es de que el autor de *La figure du dehors* forma parte de lo que Jean-Clarence Lambert, traductor de Paz, llamó hace pocos años una "generación planetaria que utiliza libremente las épocas y las culturas, sin fronteras en el tiempo o en el espacio" y pertenece a "una corriente que percibimos todavía mal por ser ultraminoritaria, pero con respecto a la cual podríamos preguntarnos si no es la primera expresión coherente de la postmodernidad, siendo percibida la modernidad como un discurso no solamente separado sino que separa del mundo." En efecto, yo me atrevería a sugerir que *La figure du dehors* es el primer manifiesto importante de la poética de la postvanguardia, pues su autor, en una serie de textos íntimamente relacionados unos con otros, nos hace ver claramente que no tiene una preocupación estética ("distingo una estética de esteta de una estética cósmica", escribe en "El proyecto poético fundamental"), que busca un *art premier*, un arte primordial que se encuentre "fuera de la dialéctica antiguo/moderno", o sea, un arte "abierto fluido" en contraposición al "abierto sistemático" de que habla Umberto Eco en su *Opera aperta*, y que, por haber nacido en 1936, su inconsciente, como el de tantos poetas y ensayistas de nuestra generación (pienso aquí en Eugenio Montejo y en mí mismo), ha sentido el horror desencadenado por los hornos crematorios de Hitler y la lluvia radioactiva de Hiroshima, productos de una tecnología enloquecida cada vez más inhumanamente perfecta.

▲ **Kenneth White: *La figure du dehors*. Grasset, 1982, París.**

Sin embargo, "la imperfección es la cima", como ha escrito Yves Bonnefoy. Y White nos propone que huyamos de las catástrofes tecnológicas siguiendo "el camino de los pájaros". En el budismo ch'an, "hollar el camino de los pájaros" significa haber renunciado a todo apego egoísta y haber vuelto a encontrar la "naturaleza original", nos recuerda en "El paisaje arcaico", territorio de los tarahumaras y de André Breton (cuya poesía White ha traducido al inglés), mundo blanco hiperbóreo habitado por el bardo Taliesin y el monje Kentigern, bosque mágico donde todavía se oyen los gritos y las quejas de Merlín. En este "paisaje mental" que, de más está decirlo, se encuentra en todas partes, pues somos nosotros los que lo creamos, es preciso realizar el proyecto poético esencial, tarea sumamente difícil, ya que el mundo moderno se ha dedicado a destruir la poesía y a suplantarla por el discurso intelectual: "la manera como, con muy pocas excepciones, la poesía es "enseñada" en las escuelas, la manera como es enterrada en las universidades, la manera como, en fin, es caricaturizada en todas partes atestiguan suficientemente el éxito de esta aniquilación condescendiente. Si añadimos al escamoteo casi sistemático de la poesía el hecho de que vivir poéticamente —lo cual no quiere decir como "artista bohemio"— resulta tremendamente arduo en el estado actual de las cosas y que pocos se sienten tentados por tales dificultades, nadie se sorprendería al percibir que la poesía no sea un elemento motor de nuestro mundo ni de que sea social y culturalmente inoperante."

Pero si "mundo moderno" significa "el modelo fijo de percepción y de existencia al que el no-poeta se adapta más o menos patológicamente, el poeta vive y piensa en un caos-cosmos, un caosmos, siempre inacabado, que es el producto de su encuentro inmediato con la tierra y con las cosas de la tierra, percibidas no como objetos, sino como presencias." Después de haber asimilado y superado los tres intentos radicales por salir del triste estado de cosas producido por la revolución industrial: las tentativas desesperadas de esos "tres focos de energía incandescente" que son Rimbaud, Van Gogh y Nietzsche ("el cometa", "el sol loco" y "la aurora boreal", como los bautiza White), el poeta se entrega en cuerpo y alma a sus "vagabundeos trascendentales". ¿Qué camino hay que seguir? —se pregunta, como lo hizo Fausto dirigiéndose a Mefistófeles. Y en Goethe escucha la respuesta:

White por Wiaz (*Le Nouvel Observateur*)

> Ninguno. Lo no hollado,
> nunca pisado. Un camino hacia lo no explorado,
> no explorable. ¿Estás dispuesto?
> Ni cerraduras ni cerrojos hay que forzar;
> Soledades te llevarán de uno a otro lado.
> ¿Tienes tú idea de yermo y soledad?
> (*Fausto*, 2a, Parte, 1er. Acto, 6225-6231)

Se trata, una vez más, del camino no hollado de los pájaros, donde encontramos *Oed und Einsamkeit*, yermo y soledad. Y, en el desierto de su cuarto de Glasgow, con sus antepasados a su lado (Pelagio, Rimbaud, Van Gogh, Nietzsche, Whitman, Thoreau), el poeta escribe uno de sus más despojados poemas:

> En este mundo
> cada vez más acre, cada vez más duro
> más y más blanco
> ¿me pides nuevas?
> el hielo se rompe en caracteres azules
> ¿quién sabría leerlos?
> me hablo grotescamente a mí mismo
> y el silencio me responde

Poco a poco, sin renunciar a sus antiguos compañeros, Kenneth White va encontrando a otros: Dogen, Hakuin, Basho y Sesshu, "todos aquellos que caminan por 'el sendero del vacío' (*sunyavada*)." Y decir "sendero del vacío" equivale a hablar de mundo blanco, es decir, de un mundo *no interpretado* por un exceso de racionalismo; significa, además, encontrar "la nueva presencia que surge de la negación", o sea, una superación del nihilismo; significa, sobre todo, descubrir una escritura que, más allá del simple cosquilleo estético, constituye "un método de meditación que me permite hallar pensamientos que nunca habría creído poder pensar."

Mediante una conjunción de opuestos, el poeta se vuelve un nómada de la

escritura, aquel nómada al que se refiere Georges Roditi, en *L'Esprit de perfection* (citado por White) cuando hace notar que "los nómadas no crean nada y los sedentarios son demasiado prudentes. Para hacer una gran obra se necesita un aventurero que se quede en casa."

"La experiencia de la tierra" —dice Kenneth White en "Acercamientos al mundo blanco"— es física y metafísica a la vez. Veamos primero su aspecto más físico: "Los atributos de los poetas del cosmos (escribe Whitman) están concentrados en el cuerpo físico y en el disfrute de las cosas." Lo que más tarde se convertirá en la noción, la intuición, la filosofía, el mito del mundo blanco está concentrado esencialmente en el cuerpo erótico en contacto con las cosas y los elementos: los remolinos del agua, el vuelo absoluto de los pájaros, el ágil cuerpo de la liebre, la tierra húmeda, las flores que se abren, el enigmático y delgado tronco del abedul plateado, los pesados racimos de frutos de serbal de los pajareros, los senos de una muchacha... Estar en el centro del universo, percibir los fenómenos lo más profundamente posible, aspirar a una infinita red de relaciones —ésta es la práctica. Y el resultado es una experiencia *ek-stática*, que va dilatándose hasta convertirse en sentido cósmico, o *en-stático*, concentrándose hasta llegar a ser sólo una sensación luminosa, la punta de un diamante. De este modo la experiencia erótica conduce al sentido de la unidad cósmica o a la sensación de punta de diamante; o también, el *eros* conduce al *logos*, lo físico a la metafísica, la relación con las cosas a la relación con el *ser* mismo."

El recorrido que nos propone Kenneth White en *La figura du dehors* apenas comienza con la percepción extática de la posibilidad de esa infinita red de relaciones. Dentro de cada uno de nosotros —dentro pero hacia afuera, hacia el *dehors*, hacia el *outside*— se halla encerrado, latente, el deseo de explorar el mundo solar.

Francisco Rivera

[1] A pesar de ser de lengua inglesa, trece de los dieciséis ensayos que constituyen este libro fueron escritos directamente en francés por su autor.

[2] Cf. Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Seix Barral, 1974, pp. 192-193 y 195 respectivamente.

A MITAD DE CAMINO

El 1° de mayo pasado fue día de lucha en Varsovia y en otras importantes ciudades de Polonia: los obreros y las gentes del pueblo se lanzaron a las calles para manifestar contra la dictadura del general Jaruzelski. Aunque fueron brutalmente reprimidos —la televisión mostró en su pantalla escenas similares a las que pudieran suceder en Santiago de Chile, Buenos Aires o Seúl—, esa acción demostró que la "normalización" de los militares es una fachada resquebrajada, que el odio hacia el sojuzgamiento y opresión aumenta día con día, que la crisis política, económica y social sigue su curso y amenaza las bases en que se funda el "socialismo real" polaco. Los gritos de "¡Gestapo, Gestapo!" con que los manifestantes increpaban a la milicia, fueron un índice de la opinión del pueblo hacia el régimen; su presencia en las calles constituyó un ominoso presagio no sólo para el futuro de los generales de Varsovia, sino para los jerarcas de otras capitales del bloque soviético.

Las manifestaciones, realizadas precisamente el Día del Trabajo, desnudaron una vez más las falacias de un sistema de poder sustentado en la fuerza de la represión y en la constante amenaza del guardián reaccionario del Kremlin, cuya legitimidad hecha jirones se transparenta en la articulación de un discurso despojado ya de toda referencia real, hueco, vacío, mistificador, señal del fraude/fracaso ideológico mayor de nuestra época. La reflexión y debate acerca de la crisis polaca es un elemento fundamental de la cultura política de nuestros días, no solamente por erigirse en el hecho quizá más *sintomático* de lo que va de la segunda mitad del siglo, sino porque en razón de serlo se anudan en ella varias de las cuestiones más significativas que estarán en juego en los decisivos próximos años. Y, sin embargo, corre el riesgo de ser un debate silenciado. Sin duda, los idéologos y turiferarios del "progreso de la humanidad" según el modelo de Moscú, Praga y La Habana no se sienten cómodos frente a la "desviación" polaca y los necesarios "correctivos" a aplicar para defender al socialismo de la amenaza de los obreros "inmaduros", y preferirían cerrar púdicamente los ojos y echar mano de las múltiples coartadas que generosamente —día a día— les brinda el otro imperio. Así, por ejemplo, el escritor Fernando del Paso —radicado en Londres, no en Varsovia—, en los días de la implantación de la ley marcial, tenía como preocupación fundamental la ola "anticomunista" de la prensa occidental, centrada exclusivamente —según él— en lo ocurrido a Solidaridad y no en las masacres de Centroamérica; de acuerdo con su lógica la tarea *crítica* fundamental era oponer a los mineros polacos asesinados los combatientes centroamericanos y salvadoreños asesinados (*Proceso*, 271, II/1/1982) ¡Curiosa dialéctica, seguidora de las argucias lascasianas comentadas por Borges en *Historia Universal de la Infamia*, la de los "latinoamericanistas" de oportunidad, que pueden metamorfosearse en "internacionalistas" o "nacionalistas" según las circunstancias, siempre bajo el manto protector de "escritor progresista", con buena prensa y mejores ventas!

A diferencia de las astucias del disimulo, el libro que nos ocupa tiene el mérito —no menor— de adentrarse incisivamente en el problema, desde posiciones claramente definidas y, por cierto, polémicas. Periodismo de opinión que se recoge en volumen —no es un libro orgánico—, tiene las limitaciones obligadas que supone la respuesta cotidiana a la noticia y las ventajas de reflejar la dinámica de un pensamiento atento a un desarrollo complejo que adquirió a veces un ritmo vertiginoso. Guillermo Almeyra ha reunido aquí una treintena de artículos aparecidos en *UnomásUno* desde el estallido de las huelgas en los astilleros de Gdansk hasta casi las vísperas del golpe militar de Jaruzelski —el primero es del 20 de agosto de 1980 y el último del 13 de noviembre de 1981—, además de un ensayo publicado originalmente en la revista *Crítica* de la Universidad Autónoma de Guerrero a principios de marzo de 1981 y el texto de una conferencia pronunciada en la Universidad Autónoma de Puebla en la misma época. Completa la edición una recopilación de documentos —que hubiésemos deseado más extensa— que incluye los iniciales veintiún puntos de Gdansk y algunos otros materiales de apoyo de

▲ **Guillermo Almeyra: *Polonia: obreros, burócratas, socialismo*, México, Juan Pablos Editor, 1981, 236 pp.**

las tesis del autor acerca de la naturaleza y objetivos del movimiento polaco.

Como decíamos, la perspectiva del abordaje de Almeyra al fenómeno polaco es clara y definida, e informa coherentemente todos los análisis que va efectuando, así como los juicios que le merecen las líneas políticas y los grupos actuantes. Dentro de una matriz de pensamiento marxista modelada claramente por la obra de Trotski, son nítidamente perceptibles matices de cuño luxemburguista y también las huellas de una reflexión en torno a experiencias recientes del movimiento obrero europeo y latinoamericano, especialmente aquellas de los metalmecánicos italianos, los metalúrgicos paulistas y algunos procesos obreros argentinos previos a 1976. Esta opción teórica y política del autor entraña desde su mismo origen una virtud y una limitación: atento en forma casi exclusiva a la dinámica del movimiento obrero, es capaz de penetrar en forma intensa y polémica en la dinámica de sus tendencias, en sus respectivas y cambiantes correlaciones de fuerzas, en los alcances y carencias de sus definiciones programáticas; implica, a la vez, un desdibujamiento del peso específico y los intereses de otras clases y estratos de la sociedad polaca, que como en el caso de los campesinos, estudiantes y profesionales, también jugaron y juegan un papel importante en el proceso político y social.

Soldados polacos

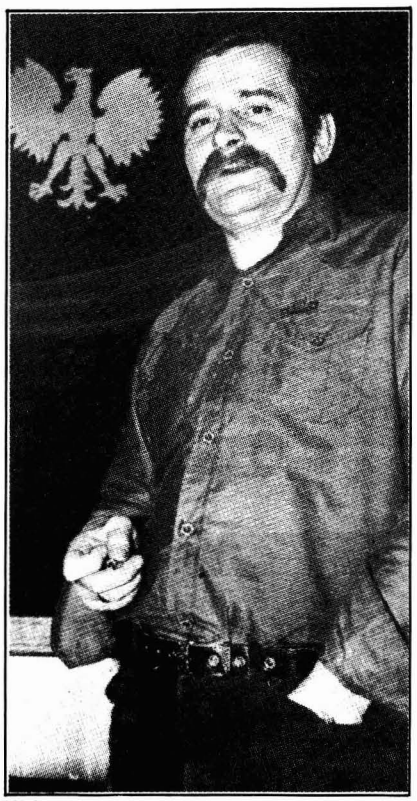
Se podría aducir —con cierta cuota de razón— que el "obrerismo" de Almeyra se justifica en la dinámica misma de los sucesos analizados: resulta evidente que la fuerza motriz esencial del movimiento polaco estuvo constituida por el proletariado industrial de las grandes empresas (los obreros de los astilleros del Báltico, de la fábrica de tractores Ursus de Varsovia, los mineros de carbón de Silesia). Sin embargo, y sin desconocer o desmerecer este aspecto —por el contrario, otorgándole el máximo de significación— la clave del éxito político de Solidaridad estuvo precisamente en que su línea dominante le dio la capacidad de estructurar, a partir y en torno del accionar del movimiento obrero, un proceso político y social autónomo del Partido y del Estado, capaz de sumar a la inmensa mayoría del pueblo tras un proyecto de democratización económica y política del país. Proyecto que no solamente cuestionaba el modelo impuesto a Polonia desde el fin de la década de los cuarenta, con sus diversos "aggiornamientos", sino que implícitamente ponía a la orden del día el problema de la dominación soviética y la entera estructura del bloque de países sujetos al "socialismo real". Almeyra, en vez de medir los logros, las dificultades y también los fracasos del movimiento en relación a la vertebración y consolidación de este gran proceso democrático nacional, opta por hacerlo en función de la capacidad de formulación de un demiúrgico programa socialista revolucionario elaborado a través de la discusión de las bases obreras y de la constitución de un nuevo partido proletario capaz de luchar consecuentemente por su efectivización. La clave secreta del éxito es, para el autor, que la clase obrera polaca pueda desarrollar "la capacidad de romper el actual nivel tradeunionista, sindicalista, obrerista, para responder a los impulsos de su conciencia profunda y adquirir, a saltos y rápidamente, sucesivos y cada vez más elevados modos de conciencia racionalizada de manera de *construir su partido y oponer éste y su programa al partido y al programa de la casta burocrática en el poder*, rompiendo así con el apoliticismo (al nivel de racionalización) que la conduce a un callejón sin salida" (pág. 17, el subrayado es mío, H. C.)

Este desplazamiento del centro de gravedad del proceso polaco efectuado por Almeyra se acentúa con reiteradas "fugas a la utopía" presentes en su análisis, coherentes con la posición política del autor pero discordantes con la estructura real de las contradicciones de la sociedad polaca en el momento actual. El marco teórico general sostenido por Almeyra es el de la posibilidad actual de liquidar —en el contexto de los avances científicos y tecnológicos— la subsistencia de la división del trabajo manual y el intelectual, posible únicamente (!!) por la sobrevivencia del capitalismo en los países más industrializados y el atraso material, cultural y de productividad en aquellos en que ha sido eliminado. Lo que realmente constituiría la impedimenta fundamental para la consecusión de esta "liberación de toda la humanidad" es el atraso político de las masas, las debilidades de su conciencia y organización. A partir de esto, resulta lógico que Almeyra afirme que "lo que está en juego en Polonia es la posibilidad de construir el socialismo como una sociedad democrática de productores libres e iguales, asociados y centralizados voluntariamente gracias a la homogeneización de su conciencia política mediante su propia actividad social" (pág. 17). Y que ubicado este objetivo como el punto de llegada de la rebelión popular polaca, se juzgue a la inmensa mayoría de sus participantes como "fuerzas conservadoras" o "aparatos que apoyan a la casta burocrática". Así, desde la burguesía financiera internacional, los gobiernos imperialistas y la AFL-CIO, hasta la Iglesia polaca y el sector predominante de Solidaridad, incluídos núcleos importantes del KOR, constituyen —dados sus intereses y el objetivo primordial de evitar la revolución socialista— un amplio frente, coalicionado con los burócratas del POUP y también con los jerarcas del Kremlin, una alianza objetiva contra los obreros revolucionarios y socialistas. Visión peculiar, que naturalmente condena al fracaso de la revolución frente a

esta impresionante coalición conservadora. Esta es —señálese— una perspectiva siempre reiterada en los análisis de matriz trotskista de las coyunturas históricas.

Este análisis de Almeyra, si bien subyace en términos generales a lo largo de todo su libro, se acentúa notablemente en los artículos de fecha más reciente, terminando por expresarse en toda su amplitud y coherencia precisamente en el artículo final de la serie, *La alianza de los tres aparatos*. De esta forma, el arco de fuerzas que desde los reformistas del POUP a un sector importante del KOR liderado por Kuron, pasando por la Iglesia y el grueso de los dirigentes de Solidaridad, incluyendo los líderes campesinos, y naturalmente a Lech Walesa, pugnaba por un proceso democratizador y liberalizador de la sociedad polaca de una amplitud sin precedentes en los países del Este europeo, son calificados despectivamente por Almeyra como *posibilistas* y acusados de facilitar las maniobras de los sectores más reaccionarios y golpistas. Esto no significa que por nuestra parte neguemos la existencia de tendencias dentro de Solidaridad que impulsaran una radicalización ideológica y programática del sindicato independiente, y que imprimieran una saludable tensión igualitarista al movimiento, pero subrayamos que la presencia de dichas tendencias no pueden caracterizar al conjunto del proceso ni que sus planteamientos atendieran correctamente al marco real de contradicciones que se plantean actualmente en Polonia y en los restantes países sometidos a la opresión soviética y a la de la clase burocrática estatal/partidaria que la garantiza en cada uno de ellos.

La base teórica y política sobre la que reposan los análisis de Almeyra también incide en la consideración de otros dos aspectos fundamentales de la crisis polaca: la caracterización del Estado y la sociedad y la conciencia nacionalista de las masas. En el primer problema, la concepción del autor es consecuentemente trotskista. Los países del "socialismo real" serían "sociedades no capitalistas en transición" oprimidas por una casta burocrática "usurpadora" del poder inicialmente obrero y socialista, cuyo destino final estaría vinculado al resultado de la revolución mundial. Almeyra niega terminantemente, por una supuesta y no demostrada falta de base científica, las teorías que, como las de Bettelheim, postulan la existencia de una sociedad de clases en esos países, fundándose en que la no concreción de relaciones jurídicas de propiedad privada forman un obstáculo insalvable para la transformación de la capa burocrática en una clase social. No es el momento de entrar a una discusión pormenorizada de esta cuestión, pero sí es necesario subrayar la insuficiencia teórica —con las consecuencias políticas que trae aparejada— de una categoría definida en términos negativos (*no capitalista*) y caracterizada por la ambigüedad de un proceso transicional que se supone dinámico, y que sin embargo es desmentido por la cristalización conservadora cada vez más evidente como rasgo distintivo de esas formaciones sociales. Por otra parte, esta ambigüedad de las referidas sociedades haría que en ellas existiesen fuertes tendencias "objetivas" a la concreción del socialismo, dificultadas solamente por el poder de la burocracia, lo que facilitaría los procesos de transformación en esa dirección. Obsérvese que esa explicación se contradice con las afirmaciones del mismo Almeyra respecto a la despolitización de las masas y al desprestigio del socialismo entre ellas como fruto del ejercicio de décadas de la experiencia del "socialismo real". Los procesos de Hungría, Checoslovaquia y la misma Polonia —para citar solamente los más evidentes— hablan a las claras del carácter de esos Estados y de la supuesta disponibilidad a la transformación de esas sociedades, no digamos ya hacia el ejercicio pleno del socialismo sino a la posibilidad del disfrute de los mínimos derechos políticos, sociales y económicos de la "democracia burguesa".



Walesa

El segundo problema, el del nacionalismo de las masas polacas, estructuralmente ligado a su catolicismo, tampoco es comprendido por Almeyra en la positividad que implica frente a la opresión soviética. Pese a que el autor no lo descalifica totalmente e intenta explicarlo —más bien diríamos justificarlo frente a la "ortodoxia"— en función de la historia polaca, resulta evidente su incomodidad frente al fenómeno, que desea transitorio, y al que en última instancia carga de connotaciones negativas. Resulta obvio que los presupuestos teórico-ideológicos de Almeyra no le posibilitan otorgar a la "cuestión nacional" de los países del bloque soviético y de las nacionalidades oprimidas por el gran nacionalismo ruso en la URSS la enorme significación que tiene, y su entrelazamiento dialéctico con la transformación democrática y el progreso social. Consecuencia de ello es que la importancia decisiva de la amenaza soviética y el papel determinante del Kremlin en el desarrollo de la situación aparezcan "devaluadas" en los análisis de los artículos que estamos tratando.

"Por supuesto, en Polonia nada está todavía definido, nada está ya resuelto". Coincidimos con esta afirmación de Almeyra hecha hace ya más de un año, y vigente en el momento actual. Las luchas de mayo indican claramente que el golpe de diciembre no clausuró la rebelión polaca, sino que abrió un nuevo curso cuya proyección puede ser enorme. Más allá de las diferencias anotadas, el libro de Almeyra se incorpora a un debate hoy más que nunca necesario, y la reflexión polémica en torno a sus proposiciones es útil para todos los que pensamos, de una forma u otra, que la suerte no está echada. La paz no reina en Varsovia.

Horacio Crespo

RETENER EL TIEMPO

La vida adulta —afirma Pavese— es el resultado de las alegrías y carencias de la infancia. No obstante, en ocasiones se crece indefenso ante un pasado desconocido u oscuro —probablemente olvidado— y se vuelve necesario rescatarlo para poder cubrir la soledad, toda vez que aflora el sentimiento de pérdida motivado por el crecimiento, la madurez, la transformación de niña en mujer; y mientras, la memoria sigue registrando aquella imagen difusa, fija en la infancia, que parte de un núcleo básico y se ramifica en el espacio, en el tiempo y en la sucesión de los personajes.

Los capítulos que componen *Las genealogías* abren y cierran el ciclo de la vida de Margo Glantz testimoniando el encuentro y la fascinación, exaltada por el conocimiento de una gran parte de su historia familiar. Una sabrosa charla en la que se recuerda a sí misma, y en la que ha sabido dar vida a esa crónica recreando literalmente ciertos pasajes que de pronto surgen de detrás de su memoria que, ayudada por la grabadora y el relato de sus padres, aspiran a consolidar una red que permita, en suma, mantener *vivo* ese pasado.

Si bien es cierto que el tiempo una vez que ha transcurrido ya no es ni puede ser *presente*, no lo es menos que un recuerdo, una huella —presente como signo pero significativo—, surge de pronto a través de la palabra y aparece entonces un personaje-narrador que busca recuperar el absoluto de la escritura para alcanzar una vía más directa y llegar hasta sí misma. El acto de escribir se hace presente como para pensar perfeccionando, como para dar agudeza a la idea, articularla con otras y así organizar el conjunto.

Una crónica llena de anécdotas y menudas biografías cuyas descripciones son tan exactas que logran trasladar al lector a un mundo particular consiguiendo, sin lugar a dudas, que *vea* y *viva* lo que se está contando.

El relato que aparece en *Las genealogías* es en primer lugar la historia de una generación, de un pueblo cuya cultura autóctona y personalísima revela el verdadero sentir expresivo de su gente; desde su propia familia, políticamente escindida, revive la autora la desgarrada opción civil del exilio judío de principios de siglo. La manifestación pura del sentimiento —dolor, angustia, amor, rebeldía— de un pueblo secularmente marginado, con lo que reconstruye una época de menosprecio y rele-

Margo Glantz

gación que se articula sobre una toma de postura frente a sí misma y solamente está en condiciones de captar los límites de una distancia interior, propicia a una estrategia del recuerdo.

Hay ciertos momentos en la narración en los que la amenidad se resiente para dar paso a la documentación y se percibe una urgencia del narrador por disparar sus *flashes* desde cualquier ángulo posible. La palabra escrita entonces no se vuelve ni más ni menos cierta que la palabra pensada por el mero hecho de haberse objetivado; lo que sí ganará en cuanto a expresión será coherencia respecto a ella misma, respecto a lo que se quiere significar y hasta respecto a lo que significa, con lo que el lector emprenderá un largo recorrido por ese universo nostálgico en el que cada cosa deberá cumplir la función que se le ha asignado y deberá, asimismo, surgir como motivo inspirador, o si se quiere, propicio a la inspiración. Como otras "magdalenas" cuya carga evocadora se lograra aprehender y codificar y ahí están, esencialmente para mantener el sistema por medio del cual la autora puede seguir sintiéndose viva.

Parecería ser que, en esta medida, ese personaje-narrador se convierte en una caja de resonancia que habla ventríluocamente en el relato, es decir, por el padre y la madre cuyos mundos han envejecido, sufrido el paso del tiempo y al asumir el recuerdo, el relato mismo avanza en saltos e interpolaciones hasta llegar a mostrar la condición alienada del hombre contemporáneo quien representa su propia tragedia: el desconocimiento de su origen y la incertidumbre de su porvenir que se aliviará en la medida en que logre —como lo manifiesta al final de la crónica— integrarse a su nuevo país.

En suma, la aparición de un libro como este concita la oportunidad para un comentario y una revisión de un trabajo en el que se nos muestra la visión de un tiempo que ha pasado, la dolorosa marca que ha dejado; y queda en el lector la sensación de que es posible reconstruir —a través de lo cotidiano— una historia que cobra sentido por ciertos lazos de afinidad y se establece una suerte de paralelismo en la forma en la que la autora se recuerda a sí misma y en la que recrea su entorno. Como una voz que toma nota y lucha contra el tiempo para finalmente poder retener su sabor.

Margarita Pinto

▲ Margo Glantz: *Las genealogías*. Martín Casillas Editores, México, 1981.

ESPAÑA DE CERCA Y DE LEJOS

Muchos son los libros que en el exilio y sobre el exilio se han publicado en México desde 1939 — las más de las veces escritos por los mismos que lo han protagonizado, gentes de dos mundos que con tanta frecuencia nos han enriquecido con el relato de sus experiencias y reflexiones. Precisamente quiero referirme a una reciente publicación de este género, el libro de José María Obregón Chorot que lleva por título *España ahora*, impreso en México a fines de 1980.

El libro recoge casi un centenar de las muchas breves aportaciones que el autor, con el seudónimo de J. M. Buendía, ha ido dando a conocer en el periódico *Novedades*, concretamente las pu-

▲ José María Obregón Chorot: *España ahora, México*, Publicidad Continental, 1980, 300 p.

blicadas entre el 5 de marzo de 1977 y el 17 también de marzo de 1980. Al escribir su material en forma de crónicas, José María Obregón habla del pasado y del presente, y así combina hábilmente el arte del periodismo y la historia en una prosa amena, ligera y atractiva. Así, la lectura de estas crónicas enseña las realidades contemporáneas de España y de México, sobre el trasfondo de un pasado que el autor perfila intensamente. Este gran observador, participó desde muy joven en el agitado periodo de la dictadura de Primo de Rivera. Él y su esposa Pilar, miembros activos de la FUE (Federación Universitaria Escolar), formaron parte importante de esa fuerte oposición estudiantil al dictador. Años después, en la década de los treinta, comprometido con el nuevo régimen republicano, Obregón, que había cursado la carrera de derecho, fue interventor del estado en Ferrocarriles. En 1939 llegó a México como refugiado y, como tantos españoles, dispuesto a empezar una nueva vida. Desempeñó puestos importantes en la empresa Sosa Texcoco hasta que en 1955 se dedicó por entero al periodismo y la publicidad, donde se mueve con destreza. Objeto primordial de los artículos incluidos en el libro es informar al lector de un presente hispano-mexicano entendido a partir de su rica historia. Con la mira puesta en la actual transición española y en la supervivencia cultural del exilio, como marcos apropiados y pretextos para darnos a conocer los hechos más sobresalientes de México y España, se busca aquí ponernos al día en lo concerniente a estos dos países. De ahí que se reúnan artículos sobre el desmantelamiento del franquismo, la explosión del sentimiento autonomista, la actuación y el poder de los partidos políticos, "las nuevas familias" de la democracia española y los protagonistas del presente hispano-americano, entre otros muchos temas. Cosa importante: también se refleja el rescate, por parte de los españoles de hoy, de hombres e instituciones que conformaron la Segunda República. El ámbito del exilio emerge constantemente como escenario y fondo en que se proyecta la secuencia del libro de Obregón Chorot. Un exilio puesto al día, en el que los personajes y los sucesos cobran vida y hacen posible dar presencia al pasado. Muy conocidas figuras republicanas, y otras no tan conocidas, son recordadas, es evocada su obra, reconocida su memoria. Particularmente destacan entre ellas los maestros del pensamiento liberal español que con su palabra y sus escritos fueron fermento del cambio que supuso el año de 1931 en la historia española. Benito Pérez Galdós, José Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Antonio Machado y Federico García Lorca, por sólo citar unos pocos.

Muchas otras facetas del libro podrían ser destacadas en esta breve reseña. Pero como de reseña se trata, sólo subrayaré una más: la recurrente presencia de Madrid, en sus muchas dimensiones, en particular aquella de los "madriles", en su imagen castiza y popular, que tantas emociones despierta fuera de España.

Si hubiera que resumir el significado de *España ahora* diría que se trata de un conjunto de narraciones y reflexiones que tocan doblemente al presente y al pasado, y que dejan un sabor de boca de optimismo y esperanza. Escritas con gracia y donaire naturales, anécdotas, humor y sutil ironía las llenan de amenidad. Y, sobre todo, el libro constituye un acercamiento real y fuerte a la presencia de España en México. Ojalá que en aquél país los lectores interesados por la realidad mexicana —que no suelen ser demasiados— pudieran tener una información tal y cómo la tenemos los lectores que desde México estamos alerta al acontecer cotidiano español, gracias, entre otras cosas, a la aportación de José María Obregón.

Ascensión H. de León-Portilla

DE ARTES PLASTICAS

ARTE CONCEPTUAL, ESE AMBIGUO NOMBRE...

Jean Hendrix —nacido en Holanda en 1949— es uno de los artistas que más sólidamente manejan, en México, una serie de pautas del arte contemporáneo llamado, en términos muy amplios, conceptual. La tendencia que, en la década de los sesenta, se desarrolló internacionalmente bajo ese nombre, en su sentido más puro preconizaba un predominio casi absoluto de la idea, o del espectro de ideas que la sustentaban, basadas en la anulación casi total de todo despliegue compositivo e iconográfico. Sin embargo, esta corriente posee fronteras muy móviles que abarcan desde el arte pobre hasta el *happening*, vale decir aquellas manifestaciones que exceden los límites de lo estrictamente pictórico.

A propósito, vale la pena detenerse en el significado de tan ambigua denominación. Si aceptamos que toda obra plástica, en mayor o menor medida, connota una serie de referencias teóricas y culturales, no vemos por qué deba dársele más importancia al cúmulo de conceptualizaciones que rodean a la práctica de la pintura y de la plástica en general, a partir de la segunda mitad de esta centuria. La pintura religiosa en el medioevo y en el Renacimiento, para dar un ejemplo, estaba basada en gran parte en un corpus conceptual, el teológico, tan vasto y rico como cualquiera de las teorías modernas. La diferencia, claro está, residía en el hecho de que, en el plano de lo pintado —llámese fresco o como se quiera— se erigía, viéndolo desde cierto ángulo, como una narración hecha en base a formas y colores. De lo que se trata, entonces, es de modificaciones en el interior de esa operación visual narrativa. Después del Renacimiento, en efecto, se ha ido minando la representación del espacio real de una manera tan sutil como pueden ser sutiles las diferencias entre las partículas del aire, en la calma de un mediodía sin brisa.